

para cuyo socorro soy aquí traído.—¡Qué diablos de ciudad, fortaleza ó castillo dice vuesa merced, señor! dijo Sancho; ¿no echa de ver que aquellas son aceñas, que están en el río, donde se muele el trigo?—Calla, Sancho, dijo Don Quijote; que, aunque parecen aceñas, no lo son; y ya te he dicho, que todas las cosas trastruecan y mudan, de su sér natural, los encantos: no quiero decir que las mudan de uno en otro sér realmente, sino que lo parece, como lo mostró la experiencia en la trasformacion de Dulcinea, único refugio de mis esperanzas.” En esto, el barco, entrado en la mitad de la corriente del río, comenzó á caminar no tan lentamente como hasta allí. Los molineros de las aceñas, que vieron venir aquel barco por el río, y que se iba á embocar por el raudal de las ruedas, salieron con presteza muchos dellos, con varas largas, á detenerle; y como salian enharinados, y cubiertos los rostros y los vestidos del polvo de la harina, representaban una mala vista. Daban voces grandes, diciendo: “¡Demonios de hombres! ¿dónde vais? ¿venís desesperados? ¡qué! ¿queréis ahogaros y haceros pedazos en estas ruedas?—¿No te dije yo, Sancho, dijo á esta sazón Don Quijote, que habíamos llegado donde he de mostrar á dó llega el valor de mi brazo? ¡Mira qué de malandrines y follones me salen al encuentro! ¡mira cuántos vestiglos se me oponen! ¡mira cuántas feas cataduras nos hacen cocos! pues ahora lo vereis, ¡bellacos!” y, puesto en pié en el barco, con grandes voces comenzó á amenazar á los molineros, diciéndoles: “¡Canalla malvada y peor aconsejada! dejad en su libertad y libre albedrío á la persona que en esa vuestra fortaleza ó prision teneis oprimida, alta ó baja, de cualquiera suerte ó calidad que sea, que yo soy Don Quijote de la Mancha, llamado *El Caballero de los Leones* por otro nombre, á quien está reservado, por órden de los altos cielos, el dar fin felice á esta aventura:” y diciendo esto, echó mano á su espada, y comenzó á esgrimirla en el aire contra los molineros, los cuales, oyendo y no entendiendo aquellas sandeces, se pusieron con sus varas á detener el barco, que ya iba entrando en el raudal y canal de las ruedas. Púsose Sancho de rodillas, pidiendo devotamente al cielo le librase de tan manifesto peligro, como lo hizo por la industria y presteza de los molineros, que, oponiéndose con sus palos al barco, le detuvieron, pero no de manera que dejasen de trastornar el barco y dar con Don Quijote y con Sancho al través en el agua; pero vino bien á Don Quijote, que sabia nadar como un ganso, aunque el peso de las armas le llevó al fondo dos veces; y si no fuera por los molineros, que se arrojaron al agua, y los sacaron como en peso á entrambos, allí habia sido Troya para los dos. Puestos, pues, en tierra, mas mojados que muertos de sed, Sancho, puesto de rodillas, las manos juntas y los ojos clavados al cielo, pidió á Dios, con una larga y devota plegaria, le librase, de allí adelante, de los atrevidos deseos y acometimientos de su señor. Llegaron, en esto, los pescadores dueños del barco, á quien habian hecho pedazos las ruedas de las aceñas; y, viéndole roto, acometieron á desnudar á Sancho y á pedir á Don Quijote se lo pagase; el cual, con gran sosiego, como si no hubiera

pasado nada por él, dijo á los molineros y pescadores, que él pagaria el barco de bonísima gana, con condicion que le diesen libre y sin cautela á la persona ó personas que en aquel su castillo estaban oprimidas.” ¡Qué personas ó qué castillo dice, respondió uno de los molineros, hombre sin juicio! ¿quiéreste llevar, por ventura, las que vienen á moler trigo á estas aceñas?—Basta, dijo entre sí Don Quijote; aquí será predicar en desierto querer reducir á esta canalla á que, por ruegos, haga virtud alguna; y en esta aventura se deben de haber encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorba lo que el otro intenta: el uno me deparó el barco, y el otro dió conmigo al través: ¡Dios lo remedie, que todo este mundo es máquinas y trazas contrarias unas de otras! Yo no puedo mas:” y, alzando la voz, prosiguió diciendo y mirando á las aceñas: “¡Amigos, cualesquiera que seais, que en esa prision quedais encerrados! perdonadme; que, por mi desgracia y por la vuestra, yo no os puedo sacar de vuestra cuita: para otro caballero debe de estar guardada y reservada esta aventura.” En diciendo esto, se concertó con los pescadores, y pagó por el barco cincuenta reales, que los dió Sancho de muy mala gana, diciendo: “¡Á dos barcadas como estas, daremos con todo el caudal al fondo!” Los pescadores y molineros estaban admirados mirando aquellas dos figuras tan fuera del uso, al parecer, de los otros hombres, y no acababan de entender á dó se encaminaban las razones y preguntas que Don Quijote les decia; y, teniéndolos por locos, les dejaron, y se recogieron á sus aceñas, y los pescadores á sus ranchos. Volvieron á sus bestias y á ser bestias Don Quijote y Sancho, y este fin tuvo la aventura del encantado barco.